633

Pedro Prado

Androvar

Poema Dramático

Nascimento

16

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/androvarpoemadra461prad

ANDROVAR

COLECCION MILLARAY

OBRAS DEL AUTOR

Flores de Cardo (poesías) ◻ *La Casa Abandonada* (parábolas y ensayos) ◻ *El Llamado del Mundo* (poemas) ◻ *La Reina de Rapa Nui* (novela) ◻ *Los Pájaros Errantes* (poemas) ◻ *Los Diez* (poema) ◻ *Ensayos sobre Arquitectura y Poesía* ◻ *Alsino* (poema) ◻ *Las Copas* (poemas) ◻ *Karez I Roshan* (en colaboración) ◻ *Un Juez Rural* (novela)

PEDRO PRADO

ANDROVAR

POEMA DRAMÁTICO

NASCIMENTO
SANTIAGO — CHILE

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Inscripción N.º 1

Impreso en los Talleres de la Edit. Nascimento. A. Prat 1430. Santiago. 1925.

DRAMATIS PERSONAE

ANDROVAR
ELIENAI, SU MUJER
GADEL, DISCÍPULO DE ANDROVAR
JESUS DE NAZARETH
JUAN, DISCÍPULO DE JESÚS
UNA VIEJA CRIADA
EL CIEGO NUN
UN PESCADOR
UN MERCADER
UN LABRIEGO
UNA MUJER
UN ANCIANO
UN MUCHACHO PASTOR
LOS APOSTOLES
PUEBLO

674101

PRIMER ACTO

La aldea de Bethel en Palestina.

Una calleja torcida y en pendiente cae en otra y la ensancha, y hay como un esplaye, que es toda la plaza del pequeño caserío. Un paredón alto de adobes leprosos mira como un bizco por dos ventanucos elevados. Adosada a sus cimientos, hay una fuente. El agua, al humedecerle, lo desaploma y arruina, y le llena de gracia, de musgos y verdín. Bajo una gran higuera achaparrada, dos asnos se adormilan; van cargados con fardos que muestran, por entre algas mustias, las escamas de plata de los peces.

Una mujer con su cántaro pasa rozando los borricos. Queda el cántaro llenándose en la fuente, y la mujer va a escuchar lo que dicen a voces unos hombres reunidos

al lado de un portal de tres arcos bajos; un portal con gruesos machones sobados y carcomidos, que lucen cintura. A la sombra de una lona rota, sucia y remendada, que proteje su comercio de dátiles, aves y baratijas, un judío anciano oye, inmutable. La gárgola va llenando el cántaro; se escucha un glú glú más y más agudo, de ahita satisfacción. El agua, al derramarse, ciñe la oscura greda; herida por el claro sol matinal, bajo esa inconsútil tela de plata fundida, sus flancos se animan y palpitan.

Tres cargadores, al cruzar la plazuela, detiénense a oir; para hacerlo mejor, por un extremo medio clavan en el suelo los gruesos maderos que traen en hombros. Arrapiesos acuden curiosos, y surgen canes de varias cataduras, que olfatean a los circunstantes.

EL MERCADER

¡Sanar! ¿Llamas a eso sanar?

EL LABRIEGO

Le ví cuando se puso de pie.

EL MERCADER

¿Le viste después?

EL LABRIEGO

La gente se agrupaba para contemplar el prodigio.

EL PESCADOR

Divisábamos sólo su rostro: abiertos hasta la locura, sus ojos ardientes. ¿Qué cosa desconocida, pensé, puede mirarse de tal manera?

(Una viejecilla asoma en la plaza, trayendo atada una cabra, que se resiste; divísanla los perros y dan en acosarla. Al huir la cabra, y subir la callejuela que trepa el cerro, trae a la anciana por tierra. Algunos circunstantes ríen, mas nadie le presta ayuda. Levántase dolorida y camina incierta, sigue unos pasos tras el animal; luego desiste y baja cojeando, apoyada en el pare-

dón de la fuente, hacia la otra calle, que se abre y domina a un valle que duerme en lo hondo. Por entre las ramas polvorientas de los olivos dispersos, que hacia él descienden, vénse rojos viñedos en Otoño y blancos y dispersos cortijos).

EL LABRIEGO

¿Acaso niegas que él caminara?

EL MERCADER

Oprimidos, sofocados, sólo oimos un grito.

EL LABRIEGO

Era él quien gritaba!

EL MERCADER

No; te empecinas; esa debía ser la voz...

EL LABRIEGO
(interrumpiendo y dirigiéndose a una mujer)

¿No estabas tú, también? Acércate!

LA MUJER

¿Hablas del paralítico?

EL LABRIEGO

Sí, ibas a su lado; tú le viste cuando, por influjo del Nazareno, dióse a andar, erguido y extraño, como un sonámbulo.

LA MUJER

Así fué.

EL PESCADOR

Yo también estaba. No le ví más, por correr tras el Galileo que se alejaba sonriente.

UN ANCIANO

Hace el bien y sigue su camino...

EL MERCADER

¡Qué sabes tú! ¿Eres su discípulo?

(Por el declive de la calle por donde desapareciera la anciana, sube una mujer, trepada en la grupa de un asno; la acompaña un joven a pie, que guía al borrico del cabestro. Son Elienai y Gadel; un perro, jadeante, les sigue. Se detienen poco antes de encimar la altura; vienen conversando de algo, talvez, íntimo y risueño, porque ella se inclina y va a darle un golpe, y luego ríe confusa; mas, al divisar el grupo de gente de la plazuela, azorada advierte a Gadel. Ambos permanecen espectantes. Luego conversan en desacuerdo. Se oye a trozos lo que dicen, medio ahogado por las voces de los hombres y mujeres abstraídos, que continúan discutiendo sin advertir su presencia).

EL MERCADER

¿También crees en él?

ELIENAI
(a Gadel)

Nó; obedece!

EL MERCADER

¿Llama a eso sanar?

GADEL

...queda tiempo aún...

ELIENAI
(a Gadel)

¿Qué diría?

EL MERCADER

Pudo andar; sí, pudo andar ¡cómo negarlo! pero, al verse cogido por la locura, para dar salida a su goce en espanto, el paralítico dióse a bailar como un poseído.

GADEL

(a Elienai, suplicante)

Sólo hasta llegar al valle... hasta el primer algarrobo...

ELIENAI

(volviéndose hacia el valle y señalando algo en el camino)

Ves! allí! allí viene... No, adiós. Mañana.

LA MUJER

Todos lloraban.

GADEL

(mientras se aleja Elienai sin volver el rostro)

Mañana... *(queda absorto, contemplando la barranca por donde desapareciera).*

EL PESCADOR

No, no era una danza de alegría. Espanto traía verlo.

EL LABRIEGO

Quise contenerlo, tomándole de sus vestidos.

EL PESCADOR

Y rasgó sus vestidos.

LA MUJER

Arrodillada, su madre pedía a Dios que volviera en sí a su hijo.

EL LABRIEGO

Antes concluyen cien torbellinos y dejan en paz las hojas enloquecidas, que agotarse el viento que le hacía danzar.

EL MUCHACHO PASTOR

Auh! auh! gritaba como un lobo prisionero.

EL LABRIEGO

Rugía de furor, jadeante, bañado en sudor... iba a despedazarse.

EL PESCADOR

Juro que ví su corazón, rompiéndole el pecho. Le ahogaba el tumulto de su sangre. Debió cegarlo, cuando, tropezando, cayó, rompiéndose una pierna.

EL LABRIEGO

¿No viste su frente partida?

EL MERCADER

Es la marca que deja el Nazareno (*volviéndose al anciano)* ¿Llamas a eso sanar?

EL ANCIANO

El hombre siempre es más pequeño que el bien que se le hace.

EL MERCADER

¿Más pequeño?

EL ANCIANO

Sí, por eso el bien no cabe en él y lo perturba,

EL MERCADER

Necio ¿y a eso llamas bien? ¿Vale más una pierna rota atenazada por el dolor, que una pierna inmóvil pero insensible?

EL ANCIANO

Espera antes de juzgar; a los juicios ligeros también les llegará el turno de ser, a su vez, juzgados.

(Gadel, seguido del perro, se ha ido acercando al grupo).

LA MUJER
(a Gadel)

Qué perro traes; conténlo!

EL PESCADOR

¿No es el lazarillo del ciego de Sem?

LA MUJER

Sí! *(a Gadel)* ¿Ha comprado otro?

GADEL

Vengo de Sem, y Nun ahora ve. ¿No lo sabías? Ve, pero no puede andar.

EL MERCADER

¿Otro milagro del Nazareno?

CADEL

Es verdad, otro milagro!

EL MERCADER

Hasta cuándo lo soportaremos!

GADEL

Nun, cuando ciego, guiado por su perro, iba por los caminos; todos le habeis visto; ayer, al pasar por Sem, le vimos con Androvar, y aun cenamos en su casa.

EL MERCADER

¿Androvar, dices? ¿Eres su discípulo? ¿Sabes si va venir hoy?

LA MUJER

¿No era su mujer la que acompañabas? ¿No? ¿La que se enfadó contigo? Creí que era Elienai.

GADEL
(turbado)

¿Qué dices? Androvar? Sí, sí; viene subiendo la cuesta.

EL LABRIEGO

¿Sabe Androvar que hoy aguardamos al Nazareno?

EL PESCADOR

Por eso vendrá; ayer estuve con él, y me lo aseguró.

GADEL

Le buscamos hace tiempo; por todas partes le buscamos; se diría que el Galileo nos huye.

LA MUJER

Decías que Nun...

EL MERCADER

Que no puede andar ¿no oiste? ¿Está tullido?

GADEL

¿Tullido? No, no es eso. Ha quedado como en perpetuo deslumbramiento; no se aventura a dar un paso; cree tropezar con todas las cosas; ignora las distancias: no distingue lo próximo de lo lejano; todo lo ve allí, a su alcance; teme estrellarse con un monte lejano; las nubes que vuelan le hacen inclinar la cabeza y busca apartar con sus brazos el sol.

EL PESCADOR
(saliendo al encuentro de un hombre que aparece por donde llegara Gadel)

Ahí viene Androvar.

ANDROVAR

¿Viste a Elienai?

EL PESCADOR

No la ví. Dicen que tu mujer ya pasó. Lo mismo da. Tómalas tú. (*Le entrega unas monedas*) Yo sigo viaje hoy mismo, después de entregar esos peces.

EL MERCADER
(y otros rodean al recién llegado)

Bien venido, Androvar.

ANDROVAR

¿Y el Nazareno?

EE ANCIANO

Le esperamos desde temprano.

ANDROVAR

Le vieron pasar los campesinos del valle, y la viuda del carpintero y los leñadores de estas colinas. Sigo sus huellas sin éxito; siempre acabo por perderlas.

EL PESCADOR

Debe haberse detenido en casa de Leví.

ANDROVAR

Estuve allá y había partido.

GADEL

¿Fuiste donde el sordo Leví?

ANDROVAR
(con un gesto indefinible)

Y Leví oye menos que antes...

UNA MUJER

¿Cómo? ¿El Nazareno no le vió?

ANDROVAR

Sólo sanó al leproso; pero su mujer le teme aun, y se niega a recibirlo.

EL MERCADER

¿Ves? Escucha *(al anciano)* ¿a eso llamas un bien?

ANDROVAR

Antes era el leproso quien se alejaba; en su soledad, érale un consuelo pensar en la ai gustia que a su mujer causaría su abandono. Triste es el hombre, pero a su tristeza nada consuela tanto como el dolor que ella logra infundir en los demás.

LA MUJER

Si su mujer duda, pronto se convencerá.

ANDROVAR

¿Y quién borrará de la memoria del leproso esa acogida cruel, ese gesto de temor y desvío?

EL ANCIANO

¿Crees que él hubiese preferido seguir corroyéndose por sus llagas inmundas?

ANDROVAR

¿Y crees que esa llaga del recuerdo le corroerá menos?

EL ANCIANO

Entonces ¿qué hacer?

ANDROVAR

Es lo que os he dicho siempre. ¿Qué hacer? ¿Qué es el bien? Todos aman al rabí; el rabí es poderoso, cómo negarlo; y dicen que sonríe más dulcemente que nadie; sana a los enfermos; sólo el deseo del bien le mueve; pero el simple deseo... ya lo veis!

EL ANCIANO

Nos dejas en mayor confusión. ¡Tus eternas preguntas! ¿Cómo quieres responder preguntando?

LA MUJER
(a Androvar)

¿Qué harías en su lugar?

ANDROVAR

¿Yo? ¿Qué podría hacer sin conocer primero la verdad?

GADEL
(al anciano)

¿Qué hay de cierto en todo el bien que el Nazareno proclama?

ANDROVAR

¿Cómo saber si lo elegido es mejor que lo despreciado?

GADEL
(al anciano)

Nunca nada se repite, y la experiencia, maestro, *(a Androvar)* ¿no es por ello un vano espejismo?

EL ANCIANO
(*con risilla irónica*)

Pídele escoger a la vez lo elegido y lo despreciado...!

ANDROVAR

¿Qué dices? Insensato, sin saber has dado en la angustia que corroe al amante de la sabiduría. ¡Oh, sí, estrecha es la vida, y grande la soledad en la que cada cual vive! ¿Cómo saber, sin que sea dable comparar? Para vivir, debemos a cada instante elegir, y para elegir nos vemos obligados a despreciar lo no elegido.

GADEL

Androvar ha dicho siempre que la sabiduría crecería veloz si el hombre pudiese ensanchar su presente.

ANDROVAR
(*a Gadel*)

Sí, hijo mío. El misterioso poder del Nazareno sólo ayuda a empequeñecer el estrecho horizonte de gentes misera-

bles que buscan su ayuda. Todos llaman al rabí, deseando los más menguados beneficios. Otros, unos pocos, de él se maravillan; abandonan su familia y sus bienes, y lo siguen sin saber adónde, tropezando como ebrios.

Y nadie, nadie de los raros seres que buscan la sabiduría, pide que emplee sobre ellos, para alcanzarla, ese poder extraño!

Nosotros, Gadel, nosotros sabríamos algo grande que pedirle!

Si yo y tú, en vez de ser la nada de un maestro y un discípulo, fuésemos uno en dos; si siguieses viviendo tú en tu cuerpo y yo en el mío, pero ambos con una sola conciencia, cada uno de nosotros, más que rico potentado poseedor de un palacio en la ciudad y de otro a orillas del mar, sabríamos lo que es estar a un mismo tiempo en el mar y en la ciudad, arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda, laborando y

en reposo: todo a la vez. Sin esfuerzo, escogeríamos lo mejor, y la felicidad y el saber, ambos fundidos en un solo bien, caerían en nuestra conciencia enriquecida.

(*Llega Jesús de Nazareth sin que lo adviertan; viene subiendo del valle, de donde emerje el humo de lejanas fogatas. Le siguen y rodean los apóstoles. El cansancio de la marcha les enmudece, y torna el caminar en un deslizarse lento y silencioso*).

ANDROVAR

¡Eso busco!

VARIOS

El rabí! el rabí!

JESÚS
(a Androvar)

¿Qué buscas?

ANDROVAR
(volviéndose con rapidez)

Ah! ¿tú eres el Galileo? ¿tú, el milagroso Nazareno? Bien; ¿qué busco, preguntas? Busco la verdad!

JESÚS

¿La has perdido?

ANDROVAR

¿Perdido, dices? Jamás la tuve!

JESÚS

¿Es posible?

ANDROVAR

¿Por qué te extrañas? Nunca he visto su rostro, y nadie, de entre los hombres, sabe de ella cosa alguna.

JESÚS

¿Y tú la buscas?

ANDROVAR

Sí, yo la busco; todos la buscamos.

JESÚS

¿Hacia dónde la buscáis?

ANDROVAR

Hacia los cuatro confines.

JESÚS

¿Y aun no alcanzan noticia de ella?

ANDROVAR

Nadie la alcanza.

JESÚS

¿Conoces a Juan, mi discípulo?

ANDROVAR

No le conozco.

JESÚS

Por oirte, mis discípulos te rodean; señala a Juan!

ANDROVAR

Cómo hacerlo, si te digo que no lo conozco!

JESÚS

¿Y cómo pretendes encontrar la verdad, si nada de ella sabes? Te engañas; nadie busca lo que no conoce de algún modo. Si en realidad no lo conociese, y con ello diera ¿de qué le valdría? Y si hacia todos los confines van los mensajeros y nada encuentran ¿dónde estará? Tú buscas; tú conoces. No está en parte alguna: está en tí.

ANDROVAR

(anonadado por la respuesta, se confunde y calla. Parece hundirse rápidamente en oscuras profundidades y salir de ellas ávido, como un náufrago de entre las olas).

Oh! rabí, me has herido!
¿Entonces yo sé? ¿Es posible?
(le toma implorante de la túnica).
¿Dices que yo sé? Yo, que reduje mi saber a preguntas y preguntas sin término ¿guardaba, también, la respuesta?

JESÚS

Neciamente el hombre aturdido no sólo busca por todos los rincones de su casa el ceñidor que lleva puesto, y que de tanto abrazar su cuerpo lo dejará insensible; busca también a Dios, que, al reposar en su débil corazón, le ha dejado inconsciente.

GADEL
(a Androvar)

Maestro ¿tú lo crees?

JESÚS
(a Gadel)

Desgraciado de tí! No hay sordera igual a la de un discípulo de los hombres. Ved ¡el maestro puede ser ganado, y entrever la verdad! el discípulo... nunca!

ANDROVAR

Por primera vez anonadado quedo, y trémulo y sin hablar que responderte! (*señalando a Gadel*).

El es mi discípulo preferido; él es mi amigo y mi hermano; le siento como hijo mío; mírale cómo se turba y se desvía. Nó, también le has trastornado!

Oh Nazareno; adivino, pobre de mí,

siempre insatisfecho, que en tus manos seríamos un puñado más de arcilla dócil. Yo, el maestro de los que no cesan de indagar e indagar y, cuyo único saber estriba, como el de un buen jardinero, en sacar de raíz todas las cosas; yo, que oigo en cada respuesta sólo un motivo para una nueva y más honda pregunta, bien quisiera, cansado de este vano juego que cava una angustia creciente, unirme a tus discípulos y ser entre ellos un convencido de tu divinidad; pero tú, que tanto ahondas en la vida, comprenderás que he envejecido en este triste y noble oficio de vagabundo. Mis andanzas, bien vayan por pueblos bulliciosos o yermas soledades, no tienen rumbo, como no sea el de la nostalgia última, a donde todas ellas, fatalmente, van a dar. Mis pensamientos, bien medite en la juventud o en el amor, y alégrense un instante con su contemplación, hacia la muerte y lo

desconocido de nuestro origen y nuestro destino enderezan siempre sus últimos pasos!

JESÚS

Androvar, hijo mío, eres tú quien posee un sortilegio, y atraes con él a los desesperados. Calla! que has mondado la tristeza hasta llegar a la venenosa almendra de alegría que siempre ella guarda en lo más escondido de su corazón. Calla! tú lo que expones es el malsano placer orgulloso de saberse sin rumbo y solitario! ¿No lo vislumbras? ¿No comprendes? Más fuerte que toda esa falsa desesperación, es el aliento mismo de la vida. Aun enfermo, cuando el hombre se plañe ¿no lo hace porque está deseoso de seguir alentando? Si la última desesperanza parece, suicida, arrojarlo en brazos de la muerte, en verdad lo que lo empuja es sólo una esperanza mayor que su

misma despreciada existencia fué capaz de concebir!

Hurgar en sus propias llagas, es tentación que acecha a todos los heridos; pero ¡ay! de quién no las deja en paz, ¡ay! de quién no reprime el malsano goce.

ANDROVAR

¿Tú lo crees?

JESÚS

Acuden a escucharte, y los retienes con tus palabras ¿podrías hacerlo con otra cosa que, a la postre, no diese en placer?

ANDROVAR

¿Es posible?

JESÚS

Eres como un nigromante ¡oh, inge-

nuo Androvar! De los frutos venenosos, tú destilas una suave bebida que hace daño.

ANDROVAR

No, Nazareno. Soy yo quien ahora te lo ruega: por favor, calla! Me confundes. Creía saber que el hombre no sabe nada, y que ese saber constituye todo su tesoro; mas ahora tú llegas, y vas revelándome...

JESÚS

Androvar, ten fe y sígueme!

ANDROVAR
(*como despertando*)

¡Ay! mira lo que pides. Te seguiría! Debe ser dulce ir en pos de tu marcha tranquila. Te seguiría... mas, a la vez, también quisiese quedarme.

EL ANCIANO
(*a Jesús*)

¡Mira lo que pretende!

ANDROVAR

¿Para qué necesitas de la fe, si tu puedes hacer que la verdad buscada humildemente por cada cual váyase en él formando? Qué clara se haría la verdad; cuán pronto esplendería, si en vez de verse el hombre obligado a elegir, para después de su elección añorar lo desconocido que despreció, pudiésemos elegir lo uno y lo otro a la vez. Siempre el camino que despreciamos, por desconocido, se nos figura mejor que el que llevamos. Si los numerosos caminos despreciados no quedasen desconocidos para nosotros, podríamos compararlos con el que miden nuestros pasos; entonces todo engaño ilusorio

sería imposible, y nuestra elección se enderezaría rápida y segura hacia el bien.

GADEL
(*a Jesús*)

Hablas del bien, y lo impones acallando las dudas. Las dudas así se doblegan; pero no mueren; déjanos comparar; cuando quedemos convencidos, ellas se agostarán para siempre.

JESÚS
(*a los apóstoles*)

Ved, los insaciables!

ANDROVAR

Tú que diste luz a los ciegos, salud a los leprosos, vida a los muertos ¿no podríais realizar lo que pedimos?

GADEL

Mil veces hemos pensado que si fué-

semos lo que somos, pero nuestra doble experiencia alentase en un espíritu común, la verdad y el bien serían claros y hacederos para nosotros.

ANDROVAR

Te lo rogamos ¡rabí! Cada hombre siéntese solo y pequeño como la hoja de un árbol; búscase el amigo, el compañero y el discípulo, y todos ellos nos son tan ajenos como las remotas estrellas!

GADEL

Le he seguido, porque el deseo de saber y el ansia del bien le conducen; pero ansias y deseos siempre inextintos acaban por llevar a la desesperación y la locura. Si nos unieses, tú verías que acaso por otro rumbo, hacia donde tú vas, también nosotros iríamos.

JESÚS

Hombres de poca fe ¿por qué ese orgullo?

ANDROVAR

¿Es orgullo? ¿la tristeza es orgullo? Cómo nos confundes!

GADEL

Nazareno ¿si dudáramos de tu poder, te pediríamos este dón?

JESÚS
(*elevando los ojos*)

Estos son los hijos de los hombres! Les ofrezco llevarles a Tu Reino, y ellos quieren ir por sí mismos!

ANDROVAR

No... ¿Es eso verdad? ¿Y qué mal hay en ello?

JESÚS

Si yo no viese más allá de los rostros, y no escuchase más allá de las palabras, os condenaría. Acércate *(Androvar se acerca)* y tú también (*Gadel se aproxima*) (A LOS ÁPÓSTOLES) Las palabras no revelan el alma de los hombres. Tu, Juan, mi predilecto, observa estos ojos, escucha estos latidos: ved cómo hácese en ellos sensible la angustia de la íntima soledad.

JUAN

¿Y vas a oir sus súplicas abstrusas?

(TELÓN).

SEGUNDO ACTO

La puntilla de un acantilado que lamen las aguas de un río y muerden las olas de la alta marea. En el altozano, toscas graderías y muros pedreros que siguen el desnivel del terreno; tras ellos árboles, asoman; árboles inclinados por el viento, que rasga y desnuda sus follajes. Hacia el levante se alza una vieja casa. Un emparrado de gruesas columnas, que los arreboles tiñen de rosa o de suaves sombras azuladas, queda defendido del viento. Cuelgan los racimos transparentes, destacándose contra lejanas y amarillentas colinas. Al pie de las colinas, por un valle en sombra, se desliza un río apacible lleno de claridad. Una fantástica cordillera de nubes de un gris viviente, que destella la tornadiza luminosidad de los ópalos, circunda el enorme horizonte marino. Tras ella el sol acaba de ocultarse, anticipando la hora crepuscular.

El sueño de los atardeceres, que siempre el mar amplifica, y que la presencia de nubes maravillosas y cambiantes concreta en la lejanía, se exalta con el canto estruendoso de las olas gigantes de la alta marea, que trepan las rocas; y se sublima por el fulgor rosa y oro, que baña el espacio con

una claridad de otros mundos, y hace, de las malvas espumas, bienes inexpresables, y de las aguas potentes, que se alzan traslúcidas, cristales misteriosos que dejan entrever visiones desconocidas.

LA VIEJA CRIADA

No, no. ¡Quédate! Iré yo en su busca; amo, tú no sales...

ANDROVAR

Majadera ¿vas a imponerle que venga? Soy yo, quien irá; hasta el extremo del mundo iría por encontrarle.

LA VIEJA CRIADA

Y otra vez dejas sola a mi señora. No, amo, no ¡Dios mío!... *(aparte)* como decírselo!

ANDROVAR

No refieres que el Nazareno andaba

por los casales del otro lado del río. *(Mirando hacia tierra adentro)* Los bogadores... Me parece divisarlos. ¿No son aquéllos?

LA VIEJA CRIADA

A esta hora remontan el río los cardúmenes; son pescadores.

ANDROVAR

Que tu hijo busque a cualquiera, entonces...¡Anda! cualquiera que me pase a la otra orilla.

LA VIEJA CRIADA

Aun no acabas de llegar, después de tan largo viaje, y ya nuevamente sales; y Elienai, mi ama...

ANDROVAR

Cuidará de ella Gadel, que es como yo mismo.

LA VIEJA CRIADA

¡Como tú mismo! Ligero se dice todo eso, pero ¿quién puede hacer tus veces?

ANDROVAR

¿No lo crees? Pues es así. Pobre vieja mia! *(Aparte)* ¿Y por qué no? Aunque *(dudoso)* Espera!... Sí; tú me eres fiel; te lo confesaré todo; queda tranquila! Estoy aquí y allá. Fué un dón del rabí Jesús, concedido allá lejos ...en la aldea de Bethel. Mientras aquí te hablo, allí dentro rondo en torno de mi mujer. Ella lo ignora. Pero calla, calla! nunca lo sepa Elienai; es peligroso torturar con mayor misterio el corazón enamorado.

LA VIEJA CRIADA

¡Qué cosas cuentas! Vuelves a ser el niño loco que yo amamanté.

ANDROVAR
(sonriendo)

Es verdad, sin embargo. Gadel y yo somos desde entonces una sola conciencia; una sola. Para el rabí, nada hay imposible. Si vieras cómo Gadel ahora sonríe de tus sospechas; las oye tan claramente como yo!

LA VIEJA CRIADA

Deliras... ¿Es posible? No, no partas, amo mío; yo le imploraré... Tengo miedo!

ANDROVAR

Espera, espera. Ve por comprenderme.

LA VIEJA CRIADA

No prosigas. Me espanta oirte. Estás enfermo; no, no te vayas!

ANDROVAR

Tranquilízate. Entiende. En Gadel me quedo. Antes, cada vez que emprendía un viaje, deseaba ir y quedarme. Si atraen los nuevos horizontes y llaman a salir a su encuentro al alma vagabunda, son dulces los brazos de Elienai, y en su regazo se viaja hacia la dicha; y si desbordan divina embriaguez los besos de mi amada, aguardan llenas de profundo encanto las ciudades extranjeras que pueblan mujeres desconocidas.

Antes, al ir y dejarla, en ésta, mi heredad, el bien en ella despreciado amenguaba mi goce de viajero; mas, al quedarme, las ansias contenidas de rodar y rodar tierras, enturbiaban nuestras caricias. Oh! tortura sin término; toda elección era el limitado placer de lo único preferido, ahogándose de tristeza en lo mucho despreciado!

Partí sin confiar a nadie mi secreto; y en Gadel, mi discípulo, que no era sino prolongación de mí mismo, quedé, sin embargo, a su lado. Pero ella lo ignora. Siempre lo ignorará!

Ah! y al fundirme en Gadel supe que ya se amaban en secreto...

LA VIEJA CRIADA

No. Entonces, aun nó! Qué digo!

ANDROVAR

No te tortures. Lo sé todo. Te engañaban! Nos engañan! Conocí toda la deslealtad de quien era, más que mi amigo preferido, el hijo de mi espíritu. ¡Nunca nadie conocerá un íntimo secreto confiado por el ser más sincero allegado a él, como yo conocí el suyo. Mi saber iba más allá de las palabras. No tuvo necesidad de pronunciarlas. Su secreto fué desde entonces también

el mío. Y su rubor y mi palidez, la dulzura de su recuerdo y mi tragedia, se mezclaron tanto en mi alma como en la suya! Sí, vacié en él, junto a sus gratas remembranzas, mi dolor sangriento!

LA VIEJA CRIADA

Y no le mataste!

ANDROVAR

¿Matarle? Me hubiese herido a mi propio. Era ya tarde para mi conciencia enriquecida.

LA VIEJA CRIADA

¿Qué hiciste? dí ¿qué hiciste?

ANDROVAR

Sonreímos doloridos. El dábame todo su placer; yo, toda mi tristeza. ¿No que-

dábamos pagados ante nuestros corazones?

LA VIEJA CRIADA

¿Y por qué, a veces, Elienai huye, ahora, de ese hombre indigno?

ANDROVAR
(*sonriendo misterioso*)

¿Indigno? Huye, porque lo desconoce. Mi espíritu, fundido en el de su amante, sin que ella lo sepa, le trae desasosiego. Cree oirme en sus palabras, cree verme en su sombra, y turbada espía a su alrededor!

LA VIEJA CRIADA

Sí; un sobresalto contínuo la gana. ¿Es ello la causa? Ah! si tú la vieses cuando viene implorante en busca de mi ayuda. Cuando le besa en la oscu-

ridad, cree besarte, y lanza alaridos de terror que rasgan la noche!

ANDROVAR

Todo lo sé ¡Todo! ¿Comprendes, ahora?.

LA VIEJA CRIADA

Está enferma; va a enloquecer...

ANDROVAR

Si tanto la amas, calla lo que has oído, y anda pronto; dí a tu hijo que busque quien me pase a la otra ribera; anda!

LA VIEJA CRIADA

Amo mío! hijo mío; yo, tu vieja sierva...

ANDROVAR

Aun no comprendes! Obedece! Anda! *(Váse la criada).*

Androvar se adelanta hacia el extremo del terrado; se sienta en una roca pequeña, y en otra, que le oculta la casa, apoya su espalda, y dejando colgar sus brazos en desmayo, tensa la mirada sobre el mar palpitante, clava sus ojos en la cambiante lejanía, y da libre vuelo a sus tumultuosos pensamientos.

Pasa el tiempo, y el coro salvaje de las olas, que el viento por instantes atenúa en un desolado y tembloroso clamor, se alza y crece y entrégase al silbar de ráfagas que vienen más y más distanciadas. Ha comenzado el reflujo de la marea; pero, aun cuando parezca haber vencido la paz que vuelca la última hora crepuscular, en el mar estremecido queda una angustiosa agitación; y al silencio, que va acrecentándose, lo conmueven alaridos de olas tardías, que se deshacen impotentes contra las negras rocas de la playa.

Arriba, Elienai seguida de Gadel, salen de la casa hacia el refugio del emparrado. Elienai camina con el ánimo absorto; apóyase lánguida en una columna; mira hacia el río... hacia las campiñas lejanas... ha-

cia el cielo que se descolora y donde pronto van a revelarse astros remotos.

GADEL

El está lejos, y no volverá. ¿Por qué ahora no me amas? Esta noche perdida para él, será perdida para ti. Ame! ¿no soy más joven, más fuerte y más hermoso que Androvar?

ELIENAI
(*calla inquieta y expectante*)

GADEL

Cuando extraviado de amor él te llama su gacela, te contempla en éxtasis. Luego se aproxima como un lobo; besa ese lunar que tienes en el cuello, besa el hoyuelo de tu mejilla, la unión de tus senos, alza sus labios hambrientos hasta tu boca húmeda que tiembla, como una fruta jugosa la exprime, y ávido penetra hasta tus suaves y tibios

dientecillos, y aun los besa y ve por devorarlos, como hacen los niños insaciables con la escondida almendra de los más dulces frutos!

ELIENAI

¿Cómo lo sabes?

GADEL

¿Cómo? ¿Acaso él no es un hombre como yo; y acaso tú no sigues siendo, ante cualquiera de los dos, la misma mujer de siempre? Lo que él ve en tí, yo lo veo; lo que él desea de tí, yo lo deseo; la alegría que te da, yo también te la daré!

ANDROVAR

(sigue mirando hacia el lejano horizonte; sentado tras las rocas no puede ver la escena de amor; pero la recibe detalle a detalle en su conciencia enriquecida).

Ah! ya cede. Su brazo pende como

rama tronchada; su mano ha quedado trémula y sumisa como un pajarillo que agita débilmente sus alas, y permanece quieto y rendido ante el sortilegio de la sierpe que avanza!

ELIENAI
(a Gadel)

No! No! No!

ANDROVAR
(*sigue su soliloquio*)

No! No! Así pían dulcemente los pajarillos cuando se entregan al destino irremediable. Y un brazo avanza enérgico; y una mano se abre como fauce hambrienta; y en ella desaparece tragada su manecita. Y un temblor la sacude; es el veneno del amor que lo recorre!

Oh! Nazareno, gracias; la beso y la abrazo; allí me hundo en su amor; aquí me entrego a la contemplación!

Qué extraño sabor el de las caricias cuando, al mismo tiempo que se las recibe, solo, ante el mar, es dable pensar en cosas incomprensibles!

Cómo se descolora el rojo vino del amor con el agua clara y fría de la meditación; su mezcla, que apura sedienta el alma insaciable, es capaz de apagar por un instante esta sed humana como no lo hacen aislados ni el vino ni el agua!

ELIENAI
(*a Gadel*)

¿Por qué me hieren tus caricias? ¿por qué esta terrible dulzura?

GADEL

Porque te amo como nadie amara antes en este mundo. Porque tienes en tus brazos un amor que tus brazos no son capaces de contener; porque ignoras y te muerdo para que vislumbres la

verdad; porque estoy celoso de mí y gusto mi tragedia. Tus besos tienen así un sabor a sangre...

ANDROVAR
(*agitado en su soledad*)

Espantosas caricias en que se mezclan todo el amor y todos los celos! Crees amar a otro y sigues amándome. Tu marido y tu amante no son más que un mismo hombre desolado!

Nunca beso alguno estuviera más lleno de tan amarga dulzura como el beso que por boca de tu amante te doy! El zumo de la naranja grato es al sediento, mas un calofrío le trae su ácida acritud...

ELIENAI
(*a Gadel*)

¿Qué tienes? Jamás un hombre amara a una mujer con la locura que lo

haces. Siento en derredor de mí algo desconocido que palpita...

ANDROVAR

Une tus caricias a mi soledad; une tus besos a la visión de este vasto horizonte.

ELIENAI
(*a Gadel*)

Me abrumas; soy en tus brazos una pobre muchacha extraviada; parece que un bosque desconocido me rodea, y oigo que él murmura.

GADEL

El bosque tórnase más profundo cuando nace en la misteriosa espesura el canto único de un pajarillo perdido. ¡Oh! mujer, si turban al extraviado, las trenzadas ramas que cierran el cielo y los horizontes, cuando llega al virgen

corazón de la floresta, y alza allí su voz dolorida, es el bosque el que, a su vez, se turba; negro tórnase su ceño; compacta su espesura; silenciosos sus árboles, para escuchar la voz desconocida que le conmueve tan profundamente!

ELIENAI

Socórreme. ¡No entiendo! Tengo miedo; miedo de tí y en tí busco amparo!

GADEL

Tú también me turbas; tú también me llenas de angustiosa zozobra! Tú voz me hiere como un lamento. Como un lamento de alguien que sigue en un abismo, y a quien, en mi desamparo, no puedo salvar.

(*Seguido de la criada sin que nadie lo advierta, Jesús aparece. Contempla la escena lleno de una actitud de misericordioso espanto*).

ANDROVAR

(*saliendo de su ensimismamiento divisa al Nazareno. Como un convalesciente se alza débil y trémulo, con una terrible sonrisa de acogida*).

Nazareno; bien venido seas! tú que tienes los oídos sutiles, escucha; ella me susurra palabras de amor. ¿La ves? Tú que tienes los ojos profundos; mírala! Tu presencia ante mí, allá repercute. Obsérvala cómo se turba y baja su veste. Acaso, cuando la vergüenza de nuestros actos llega, alguien invisible, unido a nosotros, te encuentra en su camino!

JESÚS

Androvar, hijo mío, ¿estás satisfecho?

ANDROVAR

Satisfecho! ¡Ay! Ya no sé de la alegría

pura, ni de la tristeza desolada; todo se mezcla en mi espíritu, y la existencia resulta gris y monótona. La meditación, ahora, únese al amor; y el amor de antaño, ingenuo e inefable, resulta terrible y doloroso; y aquella antigua meditación, serena como un mármol, hoy trocada en carne viva, al esculpirla, sangra.

ELIENÀI
(*absorta en Gadel*)

Bésame, Bésame. Al besarte crece mi soledad; pero sólo tus besos, un instante, me ocultan mi propio desamparo. Te tengo miedo y te amo! te amo con el ánimo rendido que nos posee ante las cosas grandes e incomprensibles; te amo como a la alta noche, cuando me turba en los delirantes insomnios; como ante ella, ahora, el terror me domina, crece sin medida, y clamo por hundirme en su sombra, para que

el amor o el sueño piadosos haga de ambos una misma y sola cosa!

ANDROVAR
(*a Jesús*)

Has oído. Me ama, y quiere entrar en mí; la amo, bien lo sabes, doblemente, y busco entrar en ella; el amor desvaría en locura, y un terror sagrado nos empuja el uno hacia el otro; y cada cual, tras del muro que divide en dos el mundo, oprime su rostro y araña las frías rocas que nos separan...

JESÚS

Hombre insaciable...

ANDROVAR

Nazareno, perdona! insaciable, sí; mas ¿por qué Dios puso en nosotros estos deseos inextinguibles? Tú, todo lo puedes. Concédemelo! Atiende su

súplica! De todas las infinitas parejas de enamorados que claman desde el comienzo del mundo por este ardor incontenible de fundir sus existencias, concede a la nuestra el dón divino de la eterna unión ansiada! Otórgala! Tú la has oído; así imploran, dispersos por valles y montañas, todos los enamorados. ¡Qué exista quienes venzan los estrechos límites humanos!

JESÚS

Androvar!

ANDROVAR

Ves! de rodillas te lo suplico; temblando te lo ruego!

JESÚS

¿Acaso sabes lo que pretendes? ¿Fundirte quieres a un nuevo ser? El camino de la potencia divina has elegido.

¿Te crees, por ventura, capaz de resistir, desde tu humilde condición humana, tan alta prueba? ¿Aun no escarmientas?

ANDROVAR

De rodillas caigo y permanezco como un árbol que, al languidecer, se inclina; regálanos este dón! todos los hombres te lo demandan, todas las mujeres te lo imploran! Ya abriste una vez la primera puerta... ahora me tienes alejado del mundo y clamando ante la última ¡No seas cruel! tú sabes cómo aquel bien primero ha servido tan sólo para hacer más imperioso el dón que ahora te pido; sé clemente: entreábrela apenas, y deja que nuestras almas se confundan!

(TELÓN).

TERCER ACTO

La entrada al desierto. Los primeros médanos ahogan los últimos árboles que asoman sus copas como náufragos arrebatados por las olas. Alienta el silencio vivo de las infinitas arenas, dóciles a las más débiles brisas de la noche extasiada. Arriba tiembla en vuelo el polvo luminoso de los astros; alguien ha cruzado el inmenso desierto de tinieblas, dejando tras si esa leve bruma suspendida.

GADEL

(*caído y oculto entre los matorrales*)

Aah!... aah!... aaah...

NUN

(*el ciego, que sanara Jesús*)

¿Quién?

GADEL

Aah!... aaaah!...

NUN

¿Dónde? ¿Quién se queja?

GADEL

Aah!

NUN

(*a Androvar, que aparece semi desnudo y como enloquecido*)

¿Qué hay? Oí... ¿No eres Androvar? (*Reconociéndolo*) Eres tú! Androvar!

GADEL

Aaaah!

NUN

¿Quién se lamenta? Habla! Responde! ¿Es la voz de Gadel? Androvar ¿qué has hecho?

ANDROVAR

Nun... Nun... socórreme!

NUN

¿Qué hay? ¿Le has herido? ¿Herido de muerte? ¡Insensato! Ah! sí... infiel... tu infiel discípulo... Huye! huye! desgraciado...

(*Se siguen oyendo cada vez más a las perdidas las quejas de Gadel*)

ANDROVAR

Huir... huir ¿dices? ¿Dónde? ¿Cómo? Ven! socórreme... Ay! (*titubea como quien se desangra*).

NUN

¿También estás herido?

ANDROVAR

No... no... Ven!... Huyeron... Huyeron... Espiaban desde estos matorrales... Espiaban la llegada de alguien... Lo hirieron, hiriéronme.

NUN

¿Dónde?

ANDROVAR

A mí no; a Gadel; a mí en él. ¡Oh! garfios candentes.

GADEL

Aah! Aaaah! *(luego queda en un largo silencio).*

NUN

Nunca oí hablar de bandoleros por estos contornos ¿quién te creerá?

ANDROVAR

¿Qué piensas? ¡Tortura de allí desfallecer de dolor, y en vez de penetrar en la piadosa inconciencia que para él llegaba, avivar con mi aliento brasas que iban cubriéndose de ceniza...! Aah! Soy yo; yo quien clama sus dolores! (*Llegan donde Gadel está desnudo y caído en las arenas, medio oculto por unos matorrales; se plañe y desangra a través de lienzos escasos. Androvar llevado por la desesperación, cae de rodillas y lo toma en brazos*).

Oh sombra mía... mi reflejo hecho carne... Oh! mi nueva fuente de dolores!

GADEL

Esta sed... esta sed... Aah! por fin viene... viene!

ANDROVAR

Ella también! Sí; corre desalada. Agua...? agua?... ¿dónde? ¡Dios mío! Viene herida en tu ser; sufriendo en tu agonía; corre... corre hacia estos sitios.

GADEL

Esta sed... Elienai... ¡Elienai...!

ANDROVAR

El mismo Nazareno que te dió la vista hizo de nosotros lo que ves. Elienai! pesadilla de lo que debía ser para tí vuelo vertiginoso, y tiene que arrastrarse impotente entre breñas que desgarran.

(A Nun) ¿Todavía sospechas? ¿De qué te han servido los ojos si nada advierten? *(mirándose los brazos y las manos)* ¡Aún sangre!

(Androvar desgarra los últimos girones de su túnica y queda desnudo al vendar a Gadel). Sangre...! Cuánta sangre albergamos! Mírame. Su sangre también me venda. Gadel me ofrece la púrpura de su corazón para vendar mi dolor! ¿Aún no comprendes?

NUN

Oí decir de milagros hechos en tí, en tu mujer, y en Gadel. Creí en ellos, te lo juro, creí; pero nunca pude imaginar lo que ahora contemplo. Qué maravillosa unión la vuestra; qué angustia monstruosa! Pero, tú lo has dicho. ¿de qué sirven los ojos? Ven, sólo lo que ya fué visto; nada nuevo advierten, si a ellos se ofrece lo desconocido.

Me dijeron que el Nazareno viene en las noches por estos contornos y espío su llegada; debo...

ANDROVAR

¿El rabí? El rabí ¿dices? dispersos en su busca andábamos... los tres en su busca. Y Elienai, la primera supo que él venía a este sitio; venía a orar; y aunque yo estaba lejos de ella, oí la buena nueva, y vine hacia estas arenas; en el camino, buscándonos, me reuní a Gadel, quien la oyera igualmente.

Confiados aguardábamos cuando cayeron sobre nosotros robándonos e hiriéndonos. Y ahora ¿qué hacer en este desamparo? Pero ellos vienen... vienen... Elienai corre sobre las huellas del Nazareno, corre como un perro tras su presa, y por sobre sus ansias de encontrarle, por sobre todo, le aguijona su dolor en Gadel. Su carrera es un vértigo furioso.

GADEL

Aah! cae, cae; allá se derrumba ago-

biada; y es mi corazón desangrado quién debe recibir su peso...

ANDROVAR

Ya otra vez se levanta; temblorosa se alza; y sigue, sigue, viniendo sin término.

NUN

Nunca viese tal solicitud y tal amor!

ANDROVAR

¿Nunca? Mira en tí y responde!

La fatiga creciente de Elienai mézclase al dolor de Gadel, y ambos, de mi pecho indemne, extraen, como de una fuente, fuerzas y vida.

Yo que antes hubiese quedado ajeno a sus torturas reales, ahora siento como sorben de mí hasta dejarme exhausto.

¿Aseguras que nunca vieses nada parecido? ¿No cuidas tu cabeza, tus ma-

nos y tus miembros todos? y cuando llegan para ellos las heridas ¿no eres tú el único sufriente, tú que al enlazar por el dolor todas las partes de tu cuerpo le haces unitario?

GADEL

Agua! agua! Un sorbo siquiera... una gota...

NUN

¿Dónde, en estos sitios?

ANDROVAR

Gracias... gracias... Nazareno!

GADEL

Oh delicia, más... más .. más...

ANDROVAR

Mira el dón soberbio! Se humedecen

mis labios y sus labios con un agua lejana. Vé cómo Gadel levanta su cabeza antes mustia. Allá, allá, bebe ella para nosotros. Elienai nos regala ese rocío invisible.

GADEL

Más... más, *(Incorporándose a medias, respira con fuerza). (Mirando a Nun).*

Era mi maestro y yo su discípulo, era mi amigo y yo su amigo...

ANDROVAR

Me buscaba y le buscaba...

GADEL

Comprender sus palabras era mi regocijo...

ANDROVAR

Comprender que era comprendido el mío... Oh! pláticas interminables; iban

y venían las frases como las hebras de las arañas que tejen. Pero estábamos unidos por algo tan ligero y sutil, que la brisa de la duda lo desbarataba. La soledad un instante, al parecer, burlada, volvía a reinar. Cuando el más ligero viento aparta las ramas, las débiles redes tan penosamente tendidas se desgarran en un soplo.

GADEL

Como la mano deja sus afanes y acude solícita a restañar la sangre de la herida, así viene Elienai... Elienai...

ANDROVAR

Cuando crecía la sospecha de no ser comprendido forzaba mis palabras. Las escogía profundas, como los barcos que deben cruzar el ancho mar. Buscaba aun la hora propicia de los atardeceres. El viento, al crepúsculo, cesa, por-

que se levanta otro más hondo y poderoso. Ese viento movía las velas de los barcos invisibles que a él confiaba.

GADEL

Como se retuerce y encoge el herido, así buscamos estrecharnos, ahora que la sangre de uno de nosotros se vierte...

ANDROVAR

Raudas iban las naves de mis palabras hacia las playas de su corazón. Impaciente pedía ayuda a mis gestos; y mis brazos se movían ahincando en el aire el sentido de las cosas como remos ávidos de avanzar.

GADEL

Cuando ella llegue ni una palabra será necesario decirle.

ANDROVAR

Mientras le hablaba, yo estaba pendiente de sus ojos; su brillo, al crecer, anunciábame, como la cercanía del faro, la de la costa ansiada.

Oh! las escasas palabras que llegaban a puerto!

GADEL

Ay! Ay!

ANDROVAR

Antes, el propio y ajeno dolor nos revelaban nuestro mutuo aislamiento; eran las playas donde limitaban nuestros reinos.

NUN

¿Sentiría yo, ciego como era, esa soledad?

ANDROVAR

Y hoy ¿no la sientes?

NUN

Sigo sintiéndola, y es ello lo que me angustia. Cuando ciego, perdido como un náufrago, estaba limitado a moverme en una mísera roca que rodeaba el mar hirviente de tinieblas.

ANDROVAR

¿Y ahora?

NUN

Ahora ha surgido para mí un apoyo más extenso; pero veo que siempre el mar acaba por limitar a toda tierra por amplia que ella sea!

ANDROVAR

Sí, Nun, sí. La amistad resulta una

tortura cuando no se vence la mutua soledad. El Nazareno quiso escucharnos... y vimos lo que tu vistes: la soledad crece a medida que los ojos, antes ciegos, se abren y ven!

GADEL

Aah! corre.... corre.... Sin que los ojos guíen, la mano ciega va recta hacia el sitio del dolor que en el propio cuerpo nace.

ANDROVAR

Corre... corre... Quise, también, fundirme en ella... y el amor desapareció!

GADEL

Aprisa... aprisa... oh! angustia...

ANDROVAR

El amor es la busca de la unidad, no la unidad; ay! de mí; es la esperanza

última, el deseo máximo, la lucha postrera por fundirse.

GADEL

Oh largo sendero, tus revueltas la abruman; te deja para cruzar a campo traviesa.

ANDROVAR

Las manos amantes que se estrechan trémulas, apenas si trasmiten la palpitación de la sangre, no la sangre misma que se agolpa furiosa e hirviente queriendo desbordar el vaso!

GADEL

¡Oh! vértigo de la carrera desolada. Su corazón salta como un lebrel prisionero a quien élla excita; y choca y se hiere queriendo antecederla.

ANDROVAR

El amor limita en el beso. A las heridas es posible cerrarlas, juntando sus labios sangrientos, y volver a conseguir para ellas la unidad perdida. Los labios de los amantes estréchanse, para que suelde allí la carne; más las bocas se separan y quedan vertiendo dolor como heridas que nunca cicatrizan!

NUN

Te dieron lo que ningún hombre alcanza. Fuí más modesto, imploré por lo que todo hombre tiene.

ANDROVAR

Limitamos, en lo que poseemos. Lo que obedece a estricta unidad, como ciudad conquistada, nuestra ansia constante de dominio abandona para conseguir el avance. Insensato de mí. Era-

mos uno cada cual; y después hubo seis ojos para llorar la amistad perdida y el amor imposible!

NUN

Tus deseos cualquiera loshubiese estimado locura; los de un ciego que clama por ver ¿quién no los creyera naturales? Y tan desolado estas tú como yo lo estoy: y tan locos fuimos el uno como el otro.

ANDROVAR
(que ha quedado expectante)

Viene, viene sin término; corre, corre en desalada tortura!

GADEL
(exitado, febril)

Viene; viene hacia mí; tendido en el suelo, oigo el rumor de sus pisadas como el golpear de mi corazón que desfa-

llece; mézclanse uno y otro, y no forman más que un solo ruido; se diría que es mi corazón quien corre y viene en mi ayuda! *(tiene un síncope del que va después recobrándose lenta y penosamente).*

ANDROVAR
(estremeciéndose)

El vértigo en él me sacude!

GADEL

Dios mío! *(se tiende medio desvanecido).*

ANDROVAR

¿Habré de morir en él?

GADEL

¿Muerto, y a ti atado, permaneceré?

ANDROVAR

Nazareno ¿qué has hecho?

NUN

¿Vosotros no lo pedisteis?

ANDROVAR

¿Acaso se puede pedir lo que se ignora?

GADEL

¿Esta tortura no tendrá fin?

(La claridad que emerge tras de los médanos se hace más y más viva; asoma la luna y sigue en su lenta y enorme ascención. Parece brotar de las altas cimas hinchadas con su crecimiento, y como una flor maravillosa que corta su tallo, libre, entrégase a su gran vuelo. Hombres, matorrales y peñascos, arrojan largas y negras sombras. Al copiar las sombras las siluetas de las cosas, y al deformarlas alargándolas desmesuradamente, parecen revelar, a esa luz lívida, los ocultos y vagos tentáculos que todas las cosas poseen para salir de sí e ir lejos, a semejanza de los anhelos de Androvar).

ANDROVAR

Un estanque llénase más pronto cuando se abren a la vez varios surtidores; así, rápidamente, me he llenado hasta los bordes del agua amarga de la vida. Cuando el Nazareno llegue, será tarde; ¡Dios mío! acaso ya en Gadel habremos muerto.

NUN

¿Cómo puede turbarte la muerte, cuando en ti y en ella seguirás viviendo?

ANDROVAR

¡Turba el pensar lo que nunca imaginamos! Cuando la casa del amigo es destruida por el fuego, abrimos las puertas de la nuestra para acogerlo; y estrechos resultan los escasos aposentos, y mermado el pan que con él debemos partir. Así breve resultará nues-

tra consumida esperanza, y angosto el dolor de que dispondremos; acaso todo cruja, y, rompiéndose, estalle!

JESÚS
(aparece seguido de los apóstoles)

Volved. Este es el sitio.

UNO DE LOS APÓSTOLES

¿No nos permites...?

JESÚS

Volved. Debo orar; hablar con mi Padre. Amo entregarme a El, libre de cuidados, oculto de ojos avisores, y distante de vanos oídos curiosos.

NUN
(por sobre el matorral que oculta a Androvar y a Gadel, ha divisado a Jesús y sale a su encuentro).

Nazareno, perdona; te esperaba.

JESÚS

¿Tú aquí?

NUN

El ciego de Sem te aguarda como un remordimiento en el sitio que escoges para tus oraciones.

JESÚS

¿Qué deseas?

NUN

De lo que los ojos me revelaron sólo la noche me place. Como un pobre can puesto en libertad que vuelve día a día al sitio acostumbrado de su encierro, así me entrego cada vez a ella. Bajo su imperio, los hombres viven como los ciegos, y vuelvo a pasear los caminos solitarios, como un rey por sus dominios.

JESÚS

¿Y esto buscabas decirme?

NUN

¿Valdría ello la pena? Amo la noche, porque me privaste del mundo que, a influjo de los roces, de los perfumes y de los murmullos, creara antes mi fantasía. El mundo de hoy, limitado, estrecho, empobrecido, me oprime como una habitación donde el aire falta. Cuando estaba ciego, mi ceguera en la vida era como una ventana abierta hacia la noche infinita; por ella no sólo las sombras penetraban, también colábase el vasto y puro aire que viene de lo desconocido!

Mi gran consuelo era mi madre, mi mayor alegría una dulce niña: hoy puedo contemplarlas y las veo... Oh! dí ¿por qué las veo tan empequeñecidas? Con la pobre luz que me dieras, brotan

en torno incontables apariencias demasiado precisas, pequeñas y recias que se alzan entrecruzándose y deteniéndome como las rejas de una prisión. Cuando ciego, recto como un pájaro que vuela, encimando el bosque, hacia la fuente escondida en la espesura, alcanzaba sin esfuerzo sus ocultos corazones; hoy, sus rostros vulgares, tan llenos de variadas apariencias; la maraña de sus cabellos, sus ojos, sus labios, toda la red de sus arrugas, y toda la inconstancia de sus sombras cambiantes, me retienen y perturban; desolado como un pájaro nocturno que al volar en el día choca contra todas las cosas, maldigo de ellas y de la luz que las revela; y maltrecho, sangrando, rodeado por la hiriente curiosidad de los vecinos, aguardo la noche bondadosa que me permite añorar el tiempo pasado.

(Elienai, jadeante, sin voz, desfallecida,

su túnica flameando desgarrada, aparece y avanza penosamente).

ANDROVAR
(se incorpora con Gadel en brazos, que pende como un muerto)

Llega...! llega...!

GADEL

Aah! aaah...!

ELIENAI
(dirigiéndose a Jesús)

¿Qué has hecho de nosotros...?

ANDROVAR
(arrastrando a Gadel)

Tortura de las torturas! Angustia de la más espantosa pesadilla!

ELIENAI

Correr, correr sin término; ser uno, y estar lejos; uno, y aquí ir muriendo...

ANDROVAR

Nunca, tú que estás en nosotros, nunca acababas de llegar! *(Cae Elienai, se abraza de las piernas de Androvar que la va alzando. Sostiene así el cuerpo que vence la fatiga, y el cuerpo que va rindiendo la muerte). (Mirando a Jesús).*

El sueño es más piadoso que tu dón. Cuando, sumidos en él, una tragedia imaginaria nos abruma y enloquece, la desesperación de no poder movernos se hincha en su seno hasta romperlo; y un brusco despertar, que nos deslumbra, sobreviene piadoso.

ELIENAI

Despiértanos, hechicero...!

ANDROVAR

Despiértanos!

ELIENAI

Trepando montañas... atravesando ríos...

ANDROVAR

Sangre... y dolor...

(Jesús contempla absorto el grupo trinitario).

ANDROVAR

Nazareno, vuélvenos a la realidad! Entrégale su dolor!

GADEL

Aah!

ANDROVAR

Borra, siquiera, en nosotros la memoria de nuestro perdido y alegre egoísmo!

(Gadel se estremece convulso como si buscara desasirse. Entra en rápida agonía. Elie-

nai, tal una corza herida que se oculta en la espesura, se hunde más y más como adentrándose en Androvar, que ya comienza a doblegarse).

Maestro, aah...

(El perro, antiguo lazarillo del ciego, acércase cauteloso al herido, husmea inquieto y va alejándose, la cabeza vuelta para observar, el rabo recogido, el lomo plegándose en arco, las lanas alzadas como flechas prontas a lanzarse a la altura).

JESÚS
(*mirando al cielo luminoso*)

Padre mío! Clamaban por realizar viejas ansias humanas...

ANDROVAR

Oh! Auh! *(da un grito espantoso y suelta a Gadel que cae lanzando el último suspiro. Elienai sale de su desfallecimiento y como picada por una víbora yérguese implorante, una mano en la frente, que doblega la cabeza caída hacia atrás; la otra, alejando algo es-*

pantoso. El cuerpo de Gadel azota las arenas que tiemblan con el sordo y bronco ruido de una roca que se desprende y rueda al abismo, creando en torno un terror y un vacío en el aire que arrastra en su caída a lo que le rodea).

(*Androvar, tambaleando, se desploma con Elienai que le abraza como una hiedra*).

ANDROVAR

Socorro...! En la muerte penetro y en la vida me quedo...

ELIENAI

Nazareno! Misericordia...!

ANDROVAR

Rómpese mi conciencia... estalla! La montaña que cae sobre nosotros... la montaña...!

ELIENAI

Aparta esta luz espantosa que nos ciega...!

JESÚS

Escogieron atributos divinos, contando sólo con débiles fuerzas humanas!

ANDROVAR

¿Vas a dejarnos vivos y con esta carcoma de fuego, que nos corroe el alma misma?

JESÚS

Vosotros lo quisistéis... Viviréis atados a la muerte! Comprenderéis el misterio, sin poder expresarlo. ¿Dónde las palabras capaces?

Padre mío! lo hecho en tu nombre ¿cómo deshacerlo? Los hombres, todos,

insensatos, ignoran lo que valen sus deseos!

Androvar: en esa mujer que es tu propia imagen, procrearás larga descendencia, nuevos seres para siempre señalados por la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles!

(TELÓN).